

hermano ó de mucha barba que le quieres hacer. Vamos, no te pongas colorada; confíesala aunque no la pagues.

—Yo me pongo colorada, dijo Matilde, porque te produces de esa manera delante de mi marido, quien tal vez pensará que estás hablando verdades, y de ahí inferirá que yo de muchacha era una loca, andariega y amiga de fiestas y de andar en la calle todo el día, y que si ahora me estoy en mi casa, no lo hago de buena gana, sino á fuerza y de miedo por respeto suyo. Por esto me avergüenzo y me da cólera y no por otra cosa.

—No, hija, no tienes por qué avergonzarte, dijo el coronel; estoy muy satisfecho, así de tu conducta anterior como de la presente; sé que si de niña doncella salías á la calle y te presentabas en los bailes, era conducida por tu madre, por tu hermana y por otras personas á quienes te confiaban; pero no porque tú jamás hacías empeño para ir. Por lo que toca á tu conducta presente estoy mucho más satisfecho, porque la observo más de cerca y vivo muy contento al lado de una señora que, siendo joven, sabe desempeñar tan bien los títulos de madre, de esposa y de ama de casa. En esta virtud nada te debe avergonzar, cuando estás segura del ventajoso concepto que me debes y en el que no te hago ningún favor, porque tú te lo tienes merecido.

—¿Qué, no hay una escobita? dijo la necia de Eufrosina; ¿no hay una escobita, señores, para recoger tan abundantes desperdicios? ¡Vaya, vaya que ustedes se entienden la lengua lindamente! Yo me alegro mucho que usted esté tan satisfecho de Matilde y de que ella esté tan contenta con usted. Dios los guarde así por muchos años. Yo, hermana, por lo que hace á mí, te digo que muy buen provecho te haga tu santa vida; pero yo no te la envidio ni te la envidiaré jamás. ¡Ay! no, ni pensarlo. Dios me libre de que yo me viera casada y hecha una vieja rezandera ó una moza de á veinte reales. Primero me den cien tabardillos uno sobre otro y...

—¡Vamos, hermana, no hay que afligirse, decía don Rodrigo, si aún no llega este caso! Lo que yo quisiera fuera que usted se dedicara á la lectura de algunos libros buenos, que debían serle muy útiles en su estado; verbigracia: *La Educación de las hijas*, por el señor Fenelón; *La Familia regulada*, por el padre Arbiol; *La Eufemia ó La Mujer instruída*, por el alemán Campé; *Cartas de madama de Maintenon*; *La Mujer feliz*, y otros muchos que tratan del modo con que una mujer debe conducirse con Dios, consigo, con su esposo, con sus hijos, con sus criados y con su casa; pero ya que veo que usted no tiene paciencia para tanto, me contentaría con que leyese ese tratadito de Blanchard que le digo; pues, por modo de diversión.

—Estaba la diversión arrogante, decía Eufrosina; ¡vamos, hermano, que usted me hace reír con sus candideces! Si supiera usted que no me gusta leer nada ¿qué dijera? y no sólo porque no me gusta, sino porque me falta lugar para mis cosas. No piense usted, ahí tengo muy buenos libros que me ha comprado Langaruto, muy bien empastados y muy bonitos, y dicen que son de bello gusto, y tengo algunos muy divertidos, según dicen. Pues ¿para qué he de mentir? yo no los he leído; pero todos lo dicen y lo creo. Vea usted, tengo las *Novelas de Doña María de Zayas*, las *Obras jocosas de Quevedo*, las *Aventuras de Gil Blas*, la *Pamela*, el *Eusebio*, *Novela sin las vocales*, la *Clara*, la *Diana enamorada*, la *Atala*, *Alejo en su casita*, *Soledades de la vida y desengaños del mundo*, *Don Quijote de la Mancha*, y otros que no me acuerdo; y á más de eso un celemn de comedias y sainetes que más bien lee Pomposita que yo. Conque si no tengo lugar de leer esos libros, que son tan divertidos, ¿cómo me había de poner á leer esas mistiquerías que usted quiere?

—En verdad, hermana, contestó el coronel, que tiene usted un gran surtido de libros y comedias. Entre los que usted me ha señalado, unos son buenos, otros razonables y otros perniciosos y de pésimo gusto; pero yo, sin tratar de deprimir el mérito de los que lo tienen, digo que para aprender á ser buena casada, es mejor

cualquiera de los que yo le cité que todos cuantos usted tiene, y por eso me empeñaba en que leyera lo más conciso; pero desisto de mi empeño en vista de que usted me asegura que no le gusta leer y que no tiene lugar, bien que yo creo mejor lo primero que lo segundo, porque ciertamente me hace fuerza que una señorita como usted no tenga lugar para dedicarse á leer un libro poco á poco.

Si no pareciera demasiada curiosidad, yo quisiera saber la distribución que hace usted del tiempo, porque no puedo creer que sea éste tan corto, ni sus quehaceres tantos que no le dejen lugar para una cosa tan útil y en que se podían emplear pocos minutos cada día.

—Usted, hermano, á la verdad, se está haciendo de la casa de la Virgen, decía Eufrosina. ¿Conque no sabe usted cuáles son mis quehaceres? ¡Pobrecito de usted! ¡Ya se ve! como vive tan lejos de mi casa y nos vemos tan de tarde en tarde, ¿cómo ha de saber lo que yo hago? No obstante, oiga usted en qué se me va el día, para que vea si tengo ó no que hacer.

Me levanto á las ocho ú ocho y media, por lo regular; de esta hora á las nueve me desayuno; de las nueve á las diez me visto y me aseo para salir; á las diez tomo el coche y me voy á la alameda á hacer ejercicio, ó al Parián á comprar algunas cosas, ó á casa de alguna amiga. En estas y las otras dan las doce y me vengo á

almorzar; después en tomar la lección de baile y recibir algunas visitas se va el tiempo hasta las dos ó dos y media en que viene mi marido y nos ponemos á comer; después de esto, á las tres y media ó las cuatro, me acuesto á dormir siesta hasta las seis; á las seis me levanto, tomo chocolate, me voy al paseo ó me entretengo en vestirme hasta las ocho, hora en que me voy á algún baile ó al coliseo; acabada la comedia ó el baile, que es bien tarde, me retiro á casa, ceno y me acuesto. Rara vez se invierte este orden, que es el ordinario, y eso por algunas visitas que vienen á casa, ó por alguna indisposición que padezca, ó porque se arma acá la tertulia de repente, ó por otro motivo semejante, y entonces estoy más ocupada con la atención que exigen estas cosas. Vea usted si tengo ó no tengo hartito que hacer y si tendré lugar, no digo para leer, pero ni para rascarme la cabeza.

—Anda, niña, dijo Matilde; no me admira que te pases una vida tan floja y holgazana, sino que tengas cara para contarla y te quedes tan fresca.

—¿Y por qué no? respondía Eufrosina. ¿Pues qué, hago mal en esto? ¿No soy muy dueña de mi voluntad? ¿No tengo proporciones para pagar mis criadas que me sirvan? y á más de esto, ¿no soy una señora decente y es preciso que me trate como quien soy? Ya bien veo yo que mi régimen de vida es enteramente opuesto al tuyo.

Algo he observado; pero para que veas la diferencia que hay de trato á trato, dime ¿en qué gastas el día por lo ordinario?

—No tendré embarazo, dijo Matilde. Mira: no soy madrugadora; me levanto por lo regular á las siete de la mañana; visto á Pudenciana y nos vamos á misa; venimos y nos desayunamos; después envío á la niña á la amiga y le dispongo el almuerzo á Linarte; el resto de la mañana se va en ir á la cocina, en la costura, en asear la casa ó mil cosas, porque á ninguna mujer le falta que hacer en su casa cuando es mujer y quiere estar ocupada; á las doce envío por la niña, me pongo mi delantal para no ensuciarme y voy á la cocina á sazónar el plato de mi esposo...

—¡Virgen! ¿Hasta eso? dijo Eufrosina; ¿pues qué, no tienes cocinera? ¡aunque fuera ya! — Sí tengo, pero quiero que Linarte coma á su paladar, no al de la cocinera, y como nadie conoce su gusto ni su modo mejor que yo, de ahí es que yo misma le sazone la comida. Mas como iba diciendo: luego que acabo este gran trabajo, me lavo las manos y me vuelvo al estrado con mi costura hasta la una, hora en que por lo regular viene mi esposo de la calle; platica un rato ó se divierte un poco con su niña mientras ponen la mesa y vamos á comer. Acabada la comida reposamos un rato hasta las tres ó poco más; él suele irse y yo me pongo en el

estrado rodeada de mi familia, ó con el bastidor ó con la almohadilla hasta las cuatro y media que van por mi hija; luego que ésta viene rezamos el rosario y les leo algo del catecismo á mi hija, á Tulitas ¹ y á las mozas, pues, porque ya sabes que es obligación precisa de los amos el enseñar la doctrina á sus criados. En esto dan las oraciones, se van á sus quehaceres, las niñas á jugar y yo á guardar mi ropa. A esta hora viene Linarte, tomamos chocolate, y unas veces nos ponemos á platicar, otras á tocar mi clave, ó me voy á tu casa, y alguna vez al coliseo ó á alguna visita, según estoy de humor, en cuyas diversiones me entretengo hasta las diez ó poco más, hora en que cenamos y nos recogemos muy contentos.

Con este método de vida ni yo acabo mi salud, ni los pobres sirvientes se molestan; porque ya tú ves que es una grande imprudencia de aquellos amos que, después de hacer trabajar á sus criados todo el día, los tienen en vela hasta las quinientas de la noche en que llegan á sus casas del juego, de la tertulia ó la visita. En fin, con este método de vida ya verás que me sobra lugar para leer cuanto quiero.

—Pues tienes una vida angelical, hermana, dijo Eufrosina; dichosa tú... si te salvas; pero la verdad, yo

¹ Esta Tulitas era la niña Gertrudis que sirvió de aya á Pudenciana en su infancia y de que se habló al principio de esta historia.

no te la codicio, porque ese trato no es para una señora decente, sino para las rotitas de casa de vecindad, y no para todas, sino para aquellas pobres hipócritas que se hacen muy virtuosas, muy recogidas y muy mujeres de su casa, no por voluntad sino por fuerza. No van al coliseo, porque no tienen con qué pagar el palco ó el asiento, ni se presentan en los paseos públicos ni en los bailes, porque les sobra vanidad y les falta coche y el lujo que desean para competir con nosotras; pero tú, que eres medio mística, ya sabes que esto no es mujerío ni virtud, sino mucha soberbia y vanidad; y después de todo, niña, semejante vida, ocupación y encierro, no se quedan para una señora de tu clase.

—¿Quién dice que no? replicó el coronel. ¿Pues qué, las señoras decentes gozan alguna prerrogativa ó privilegio para no cumplir con las obligaciones de su estado? ¿La buena cuna ó las riquezas pueden alguna vez servirnos de razón para sustraernos de la ley general, que nos prescribe, sin distinción de clases, llenar nuestros deberes dignamente? Yo por cierto tengo entendido lo contrario. La nobleza, la fina educación, los puestos elevados, las riquezas y todas las ventajas que proporcionan la naturaleza y la fortuna, tan lejos están de eximirnos del cumplimiento de las leyes, que antes bien nos someten á su yugo con más imperio, porque el que más ha recibido más debe; y así las señoritas que han